



# **Pregón de las Glorias de María de Utrera 2024**

D. Álvaro Romero Bernal



PREGÓN  
DE LAS  
GLORIAS DE MARÍA  
DE  
UTRERA

PRONUNCIADO EN EL  
TEATRO MUNICIPAL ENRIQUE DE LA CUADRA  
EN LA MAÑANA DEL DÍA 28 DE ABRIL DE 2024

POR

DON ÁLVARO ROMERO BERNAL



CONSEJO DE HERMANDADES Y COFRADÍAS DE UTRERA

<b>Edita</b>	Consejo de Hermandades y Cofradías de Utrera Excmo. Ayuntamiento de Utrera
<b>Portada</b>	Pablo Anaya Gilabert
<b>Fotografías</b>	Antonio Cabrera Rodríguez
<b>Maquetación</b>	Pablo Anaya Gilabert
<b>Imprime</b>	Utrera Gráfica

# Presentación

por D. Juan Gavira Ayala

Ya pasadas las fechas cuaresmales y de Semana Santa en las que vivimos gratos, fructuosos y benditos momentos en la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, celebramos y festejamos ahora el Triunfo de la Cruz y la vida eterna de Nuestro Señor. Benditos momentos vividos que dan sentido a nuestra Fe, Esperanza y Vida, fuente inequívoca y baluarte en nuestras creencias como cristianos. La luz radiante, divina y esplendorosa que desprende el cirio pascual ilumina el mejor camino y destino de nuestras vidas. La alegría, la temperatura y la fragancia de nuestros patios y campos, cargados de flores, nos aproximan y adentran en la primavera y en esta época jubilar y gloriosa en la que nos hacemos caminantes y nos disponemos al encuentro con el Espíritu Santo en Pentecostés.

Muy buenas tardes. Reverendísimo Padre...; excelentísimo alcalde de esta ciudad de Utrera; Señor presidente del Consejo Superior de Hermandades y Cofradías, D. Javier Aguilar; y demás miembros del Consejo; hermanos y hermanas mayores de las distintas cofradías locales; querido pregonero, hermano en Cristo y en su Santísima Madre, Nuestra Señora de Los Remedios...

Agradecer, ante todo, a nuestro pregonero y amigo Álvaro, la deferencia y confianza en mi persona para presentarlo en este Pregón de Glorias de Utrera. Pueblo vecino que, como palaciegos, tanto valoramos y queremos.

Quiero empezar recordando unas frías y tempranas mañanas dominicales en las que el repicar de una campana rompía el silencio desde una lejana espadaña. Este bendito sonido era transformado como un símbolo de la llamada de Dios y su bendita Madre a la primera misa del día para cumplir con nuestra obligación y sentir como cristianos.

Después de este hermoso despertar, venía el dicho de siempre de una madre, mi madre: *"Juanitooo, vamos que llegamos tarde, que el que llega tarde a misa ni escucha misa ni come carnee"*. Cuando salíamos de casa y enfilábamos la calle siempre divisábamos desde lejos a un niño que nos quitaba la vez.

Con el consiguiente comentario de mi madre y un servidor:

*“Aquel que veo de lejos, ¿Es el niño de Curro y Carmen?. Se llama..., a ver que no me acuerdo..., tiene un nombre tan moderno.”*

*“Álvaro, mamá, y tan moderno no es.”*

*“Ya, pero estamos más acostumbrados a Pepe, Juan, Curro, Antonio... Se ve un niño muy formalito, respetuoso y bueno.”*

¡Suerte y orgullo el mío, Sr. Pregonero, por haberte conocido desde siempre!

En primer lugar, como niño y a la vez como vecino de una calle que, yo no digo que haberlas las haya mejores y de más categoría, pero como esta ninguna. Por su enclave, su vecindario, su calor de familias trabajadoras y sencillas, por su amistad, su cercanía y su humildad. No podía tener más claro el sentido cristiano de su nombre tanto el anterior de Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza como en la actualidad, Nuestro Padre Jesús del Gran Poder. Nuestra calle se sitúa en la zona del pueblo de Villafranca de la Marisma.

Álvaro Romero Bernal nació el 22 de septiembre de 1979 en Los Palacios y Villafranca, fruto del matrimonio de Curro y Carmen que, junto a su hermana Águeda, conformaron una familia tradicional, trabajadora, sencilla, formal y leal. En definitiva, como decimos amigablemente, de buena casta, de buenísima gente.

Observé desde siempre en Álvaro su exquisita educación, discreción y su respetuoso saber estar. También su talante de niño bonachón, empollón, formal y serio. Valores estos, que nunca perdió y siempre ha conservado. Recuerdo todas estas virtudes plasmadas en un monaguillo ya muy lejano, pues él pidió a sus padres ejercer como tal en las misas dominicales. Labor a la que con tanta responsabilidad, profesionalidad y amor se dedicó domingo tras domingo en la Capilla de San Sebastián o, como a un servidor le gusta llamarla grandemente, la Catedral de Villafranca de la Marisma, donde gracias al hermosísimo contenido que se halla en ella, encontramos la inspiración y el sendero de Fe y Amor en Cristo y en su Madre, la Santísima Virgen de Los Remedios.

Álvaro supo compaginar como nadie sus obligaciones de estudiante y monaguillo. Me gustaría contar una anécdota dentro de esta etapa en la que un domingo al Sr. Cura se le olvidó el libro del Misal y Álvaro, por lo bajini, le fue indicando en todo momento los pasos a seguir en la Misa e incluso el texto de la plegaria eucarística, que el niño se sabía de memoria, quedando sorprendidos tanto el cura como la feligresía de la preparación e implicación con que Álvaro mostraba su profesionalidad en su tarea. Tanto el párroco como los feligreses y cuantos lo conocíamos valorábamos su gran trabajo, entrega y dedicación en estos quehaceres litúrgicos, y tanto es así que se le veían hasta dotes de cura. Ya con su alba muy saltona, por su crecimiento, fue la muestra más inequívoca de que su adolescencia llamaba a la puerta y fue después de cumplir dieciséis años cuando tuvo que abandonar esta labor muy a su pesar y al de todos los que día a día lo sentíamos como parte fundamental en la Parroquia Santa María la Blanca.

Estudió en el Colegio Público Juan José Baquero de Los Palacios y Villafranca. Luego, el Bachillerato en el Instituto Diego Llorente, entre 1994 y 1997. Su entrada en la etapa universitaria fue un trampolín definitivo para afianzarse en su proyecto como educador, una buenísima y acertada decisión, siempre supervisada y valorada por sus padres, pues desde muy joven se dedicó a enseñar a otros. En 1997, comienza la carrera de Periodismo en la Universidad de Sevilla. Se licenció en 2001, y no tardó en incorporarse a una redacción, en Sanlúcar de Barrameda, para al año siguiente ser redactor jefe de *Sanlúcar Información*. Llevaba en aquella época varios periódicos de la Costa Noroeste de Cádiz para el grupo Publicaciones del Sur y también trabajó en la Radio Televisión de Los Palacios. En 2004 aprobó las oposiciones para profesor de Lengua castellana y Literatura. En 2009 se doctoró en Periodismo por la Universidad de Sevilla, con una tesis doctoral sobre el articulista Joaquín Romero Murube que mereció el Premio a la Mejor Tesis Doctoral que concedió el Ayuntamiento de Sevilla en el año 2010.

Después de haber pasado como profesor por algunos institutos de nuestra tierra, como los de Olvera y Las Cabezas de San Juan, a partir de 2011 consolidó su plaza en el Instituto de Educación Secundaria Almudéyne de Los Palacios y Villafranca, donde actualmente es profesor de Lengua Castellana y Literatura. También ejerce como profesor en el Aula de la Experiencia de la Universidad de Sevilla, así como en el Aula de Mayores de la Universidad Pablo de Olavide. Álvaro es autor de una decena de libros, tanto de narrativa como de ensayo y poesía. Títulos exitosos de novelas como *“Pulpa de limón”*, *“El resplandor de las Mariposas”* y *“Solo los muertos no caducan”*. Ensayos como *“Joaquín Romero Murube, el periodista en la calle”* y *“33 lugares evangélicos; de Belén a Emaús”*. Libros de poesía como *“Tantos amos y yo amando”* y hasta libros de relatos como el exitoso *“Déjate de cuentos”* son el reflejo de su talento con la pluma. Después de un cuarto de siglo siendo uno de los columnistas más destacados de *El Correo de Andalucía*, ha estrenado su buen hacer como articulista y como reportero en este año 2024 en el diario *La Voz del Sur*.

Gran conocedor del flamenco, Álvaro ha llevado la poesía y los grandes poetas andaluces a foros tan diversos como las universidades, las ferias del libro o las peñas flamencas gracias a unas conferencias literario-flamencas integradas en su proyecto “Al compás de los poetas”, del que tan orgulloso se siente. Estas originales conferencias se suceden por diferentes localidades a lo largo del año. Hay que destacar también que Álvaro ha sido coordinador y asesor literario para la *Enciclopedia General de Andalucía* y que incluso coordinó las Enciclopedias provinciales dedicadas a Sevilla, Córdoba y Jaén.

Álvaro, pese a su juventud, no es unregonero novel, pues ya lo ha sido de la Semana Santa de Los Palacios y Villafranca, con un pregón resonante por la maravillosa puesta en escena, así como por la calidad y profundidad del texto y del que, después de varios años, todavía se habla en los mentideros cofrades palaciegos. Ha sido tambiénregonero en Madrid, así como –en dos ocasiones– del prestigioso Pregón de la Semana Santa en la Casa Cultural de Andalucía de la madrileña localidad de Tres Cantos. Aquí en Utrera, fue contactado por el Consejo de Hermandades y Cofradías en la época de la pandemia del Covid para ofrecer un espectáculo literario-musical, alternativo al Pregón de la Semana Santa, que él tituló “Pandemia y Esperanza”.

Nuestro pregonero, después de todos estos logros conseguidos a lo largo de su carrera profesional y personal, expuestos anteriormente, estoy seguro de que estará de acuerdo conmigo en que su mejor y sobresaliente premio en la vida fue el de cumplir como buen hijo, esposo y padre. Álvaro encontró en su caminar a la mujer de su vida, a la vida en su mujer, a su media naranja, pero con todos los cascos, Marina, allá en el año 1997. Conjuntamente conformaron una pareja amigable, entrañable, familiar y unida como no podía ser de otra manera. Su discreción y su gran nivel de complicidad son valores que siempre llevan como bandera. Álvaro y Marina, después de un largo y bonito noviazgo, decidieron unir sus vidas en 2007, en una boda con gran contenido cristiano, familiar y cercano del que un servidor puede dar fe. Fruto de este matrimonio nacieron sus tres hijos: Jaime, Marina y Amelia, a quienes aportan una exquisita educación junto a respetuosos valores cristianos, cofrades y sociales, inculcándoles nuestras tradiciones y fe popular, firmes e integrados en el devenir de la vida. Los tres pertenecen al Grupo Joven de la Hermandad de la Vera Cruz de Los Palacios y Villafranca, donde se sienten felices y acuden con el apoyo de sus padres, llenos de ilusión, entusiasmo y con un gran nivel de compromiso.

Para terminar, es de buen nacido ser agradecido. Y por eso quiero felicitar públicamente a las personas que un día se pudieron acordar de Álvaro Romero Bernal y decidieron que él fuera el Pregonero de las Glorias de Utrera. Sé, como ellos, que con su maravillosa pluma, su profesionalidad, su implicación y su buen hacer, este pregón de hoy va a marcar un antes y un después en los pregones gloriosos de esta bendita y mariana Villa de Utrera.

Sr. Pregonero y amigo, suyo es el ambón y suya es la palabra.

¡Gracias!

# PREGÓN

DE LAS

# GLORIAS DE MARÍA



A Marina y a mis niños, multiplicada gloria en mi vida.

*Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas en la cabeza. Estaba encinta, y las angustias del parto le arrancaban gemidos de dolor.*

*Entonces apareció en el cielo otra señal: un enorme dragón de color de fuego, con siete cabezas y diez cuernos. Con su cola barrió la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra. El dragón se puso al acecho delante de la mujer que iba a dar a luz, con ánimo de devorar al hijo en cuanto naciera. Ella dio a luz un hijo varón, destinado a regir a todas las naciones... El hijo fue puesto a salvo junto al trono de Dios. Y la mujer huyó al desierto...*

[La Esperanza de María (de Alejandro Blanco)]

El libro del Apocalipsis no se refería con esa *mujer* a María, sino al pueblo de Israel, pero el pueblo cristiano –el pueblo utrerano–, ha sintetizado todo ese amor que Dios amasó desde el principio de los tiempos a favor de su esposa, que ha sido luego la Iglesia, y a favor de su madre, que es la Virgen que lo parió. Por eso la Gloria de Dios, encarnado en Jesús Resucitado, sería incomprensible para la humanidad sin la Gloria de María. Es con María con quien arranca la Historia de la Salvación. ¡Gloria a María! ¡Gloria!

Muy buenas tardes. Reverendísimo señor párroco de Santa María de la Mesa y rector del Santuario de Consolación, D. Joaquín Reina; excelentísimo alcalde de esta querida ciudad de Utrera, D. Francisco de Paula Jiménez; Señor presidente del Consejo Superior de Hermandades y Cofradías, D. Javier Aguilar; señores miembros del Consejo Superior de esta amadísima y mariana ciudad de Utrera; hermanos y hermanas mayores de las distintas cofradías de Gloria y Penitencia; querido amigo y presentador, D. Juan Gavira.

Querida familia, mis niños... Amada Marina. Estimadísimo público, amigos todos.

**Bienaventurada la que ha creído.** *“Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá”.*

Son las palabras que pone el evangelista San Lucas en boca de la prima Isabel cuando la Virgen María va a visitarla, y a cuidarla -durante tres meses-, en cuanto se entera del milagro de que una mujer tan anciana iba a dar a luz nada menos que a **Juan El Bautista**, el último de los profetas, de quien **Isaías** había escrito 800 años antes: *“Mira, envío mi mensajero delante de ti, / el que ha de preparar tu camino. / Voz del que grita en el desierto: / ¡Preparad el camino al Señor; / allanad sus senderos!”.*

Hoy, casi tres milenios después, emociona pensar que María cuidó de su sobrino antes de que naciera, antes de empezar a sentir las primeras náuseas por su propio

embarazo. Emociona saber que María, pensando en su prima antes que en ella misma, apuntala de tal manera los Evangelios de principio a fin, velando incluso al precursor de su propio hijo. María es el Alfa y también la Omega de toda nuestra historia de la Salvación porque **Ella está en Nazaret** cuando Dios le pregunta, a través del Ángel, si está dispuesta a colaborar tan decisivamente en esa Historia, y **Ella está en el Calvario** cuando Dios entrega su vida por la humanidad. Ella está en Belén cuando no hay sitio en la posada y lo encuentra en un pesebre, y Ella está en Pentecostés cuando el Espíritu desciende como lenguas de fuego sobre las cabezas de los fundadores de la Iglesia. Allí, en medio del cenáculo, está María. La Hija de Sión es el eslabón que une el Antiguo y el Nuevo Testamento.



La Madre de Jesús concilia lo humano y lo divino en una nueva **Pascua** que no era la del desierto ni tampoco la de la Pasión de Dios en la cruz... hacia la Resurrección, sino la de su embarazo por voluntad del Altísimo. El paso más grande lo dio Dios gracias a Ella.

**La experiencia de la Fraternidad** en que se sustenta la Iglesia sería ilógica sin la Madre común que es María, madre de Jesús y madre nuestra. Somos hermanos porque tenemos una Madre, y no solo un Padre. Dejó dicho el **Papa Francisco** en su Primera Encíclica que *“en María se cumple la larga historia de fe del Antiguo Testamento, que incluye la historia de tantas mujeres fieles, comenzando por Sara; mujeres que, junto a los patriarcas, fueron testigos del cumplimiento de las promesas de Dios y del surgimiento de la vida nueva”*.

La Esperanza de María  
es, claro, esperanza nuestra.  
Y la gloria de su Gloria,  
perfume con que se incienza  
la memoria infatigable  
de la joven nazarena  
que entró sorprendida en casa  
y salió como doncella  
de José que la esperaba  
con la túnica turquesa,

embarazada de Dios  
en éxtasis de cigüeña.

Virgen Sagrada María,  
solita por La Vereda,  
ungida por San Gabriel,  
que le arrebató sus penas  
al prometerle que el Hijo  
de sus entrañas ya era  
el Salvador de los hombres,  
el Cristo de fina seda,  
el Mesías encarnado  
precisamente por Ella  
para redimir al mundo,  
de Jerusalén a Utrera.

Mas tuvo que decir sí,  
no pensárselo siquiera;  
no poner en solfa, no,  
la voluntad verdadera  
de Dios mismo convencido  
de su Madre aquí en la Tierra.

Concepción Inmaculada  
antes que el dogma dijera  
que María tenía que ser  
por amor la nueva Eva.

Y María dijo sí,  
que sí quiero, sin reservas.  
Y la Sombra del Altísimo  
la cubrió de enredaderas  
cuyos tiernos tallos iban  
de Sión hasta la estrella  
que desde Oriente condujo  
a los Magos a Judea.

María dijo que sí,  
completamente dispuesta  
a guardar en sus entrañas  
el secreto que alborea

en el misterio tan grande  
de que solo un Hombre pueda  
ser al mismo tiempo Dios  
y Dios ser humano quiera.

Es el cenit y el fulgor  
de nuestra vieja creencia:  
que entre el Todopoderoso  
y el mortal con sus tristezas  
exista alegre María,  
tan Auxiliadora, y tenga  
a Dios mismo allá en su cielo  
y que si no lo tuviera  
no sentiríamos tan cerca  
el milagro de ser hechos  
con su hálito y su esencia.

La Gloria de nuestra Virgen  
es también la Gloria nuestra...

...Porque si de esperanzada  
pasó a encarnar la Esperanza  
fue por la fe desbordada  
con que aguardó a su Hijo  
silenciada y sosegada.  
Expectación de los Ángeles,  
Aurora de la mañana,  
Místico Rocío en el aire  
de las horas que pasaban...;  
las vueltas que le daría  
a su Niña Santa Ana;  
las vueltas de San Joaquín,  
insondable en lontananza,  
sin querer decir tan claro  
lo que a su Niña en el alba  
le había encargado Gabriel,  
“Gabrielillo de mi alma:  
que te creyera María...”,  
diría Joaquín con su guasa,  
“...tiene un pase y su verónica,  
pero dame a mí la santa

paciencia que al santo Job  
o a José, con esa basta”.

Hasta que llegó la hora  
-en Belén, por circunstancias-  
de ser abuelos de Dios...  
y se les caía la baba.

¡Gloria bendita de Niño!  
-gritó Joaquín ya sin guasa-  
¡la Gloria de nuestra Hija  
es la Gloria de esta casa!

Habría que remontarse muy poco tiempo atrás, quince años a lo sumo, para indagar en la infancia de esa Niña tan capacitada para la obediencia, sí, pero también para la **valentía**; aquella Niña con memoria fotográfica que iba a guardarlo todo en su corazón, incluso lo que no entendía porque pertenecía a la esfera de lo divino.

El misterio insondable de la infancia de la Virgen pertenece a la esfera misteriosa de esos últimos años de la pasada era que narra el Antiguo Testamento. Y contrasta, en aquellos años **antes y después del año CERO**, la vida de absoluta sencillez que habría de llevar aquella chica de Palestina, desposada luego con José, con las ansias de conquista territorial del primer emperador romano, Octavio Augusto, que precisamente se hace con Palestina entre el año 9 antes de Cristo y el año 6 después de Cristo. De ahí el afán imperial del **censo** al que se ve obligada la Sagrada Familia en ciernes. Por cierto, que aquel primer emperador romano habría de morir cuando Jesús andaba por los 14 años. ¿Ubi sunt?

Aquella familia, sacralizada ya, estaba formada cuando acude a la cita administrativa en Belén en pleno año CERO, por un padre putativo y responsable, por una madre embarazada del Espíritu Santo y por el feto de Dios.

¡¿Qué mayor gloria cabe?!

Dios mismo encarnado en la condición humana más vulnerable de cuantas podamos imaginar.

Dios Padre transmutado en Dios Hijo, todavía en el vientre de una mujer judía de la pobre Galilea de aquel remoto país llamado Palestina.

Dios Todopoderoso dependiente del cordón umbilical de una joven anónima en la punta más olvidada de un Imperio que ya tenía sus propios dioses.

Dios sin nacer aún en Belén, con el plan de su familia de volverse luego a su pueblecito

galileo de Nazaret, del que en el Evangelio de San Juan se repetirá el eco mundano de entonces (en boca de Natanael, luego San Bartolomé): “¿De Nazaret puede salir algo bueno?”.

Dios prisionero y protegido en el kilómetro cero de la humanidad, que era el vientre de María. El año cero era la redondez de su seno.

Dios dispuesto a volver a empezar, es decir, a nacer de cero como Él mismo había hecho con el hombre después del Diluvio. Dios sacrificado a sí mismo como espíritu para volverse **ser humano mortal**, finito, limitado, encarnado como nosotros.

Qué milagro trascendente para la Historia. Dios nos hizo de barro en el paraíso y nos insufló su hálito. Y tanto tiempo después, es Dios mismo quien se hace de carne y hueso para que nosotros estemos dispuestos a hacernos de nuevo, en manos del alfarero que ha sido siempre Él. Y que para esa definitiva transubstanciación hiciera falta una mujer, María, **nos pone frente al espejo platónico** de que somos **cuerpo** –como el que adoptó Dios un día- pero también somos **alma** –como la que nos ofreció Dios para la eternidad.

El inconcebible sacrificio de Dios para hacerse uno de nosotros precisaba de la colaboración humana y materna de una mujer que dijera que sí. Desde entonces, Dios –el Dios de Abraham- es más como nosotros y nosotros, más como Dios. Esto no ocurre en ninguna religión. Y esta grandeza absolutamente inédita en el hecho religioso se debe a la Madre de Dios que, antes de su propia existencia real, ya tenía que ser **Inmaculada**. ¿En qué vaso, en qué vasija iba a hacerse Dios hombre si no hubiera sido un recipiente absolutamente inmaculado?



Camino de la montaña  
-gloriosa, de prima a prima-,  
a casa de su Isabel  
iba industriosa María.

A la anciana embarazada  
de seis meses y tres días,  
aparte de aquel milagro  
le hacía falta una ayudita

según dijo precavido  
el anciano Zacarías.  
Así que cuando la Virgen  
asomó por la cocina  
la madre del santo Juan  
su amparo ya lo intuía,  
y le sonrió tan cómplice  
haciendo de profetisa.

“¡Dichosa tú que has creído!”  
dijo Isabel circunscrita.  
“Lo que te ha dicho el Señor  
se va a cumplir en tu vida”.  
Isabel sintió que el niño  
daba saltos de alegría.  
“¿Cómo es posible, Dios mío?  
¿Cómo es posible, María;  
que tú vengas a mi casa  
sin pecado concebida?”

La Virgen no contestó,  
en el anafe sumisa,  
buscando con qué encender  
y preparar la comida,  
pero al rato, ya inspirada,  
le respondió así a su prima:  
“Se regocija mi espíritu,  
mi alma a Dios glorifica  
porque ha mirado a su sierva  
y me llamarán bendita”.

“Bendita entre las mujeres,  
te reconozco la dicha”,  
dijo Isabel sin dudarlo;  
en la frente, yerbaluisa;  
en el corazón, un mirto;  
y en el vientre, una oliva  
que pronto sería un robusto  
acebuche que sufría  
la soledad del desierto,  
la indiferencia marchita

y el desprecio de los sabios  
que lo acosaron un día  
a la orilla del Jordán  
con que si él era Elías.  
“A quien anuncio yo hoy  
es a mi primo, el Mesías”,  
diría Juan tan humilde,  
sabiendo que no merecía  
desatarle las sandalias  
a quien detrás de él venía...

Esperanzadas de Dios,  
-las dos mujeres encinta-  
ninguna de ellas pensó  
en librarse de la cuita  
de que los demás dijese...,  
porque los demás critican;  
lo siguen haciendo ahora  
sin saber la media misa;  
unas porque paren solas,  
otras porque piden cita  
con el Dios que no se asombra  
del pecado que esclaviza  
porque nos conoce a todos  
y a ninguno discrimina.

En asesinar al fruto  
de sus vientres de nodrizas  
ninguna de ellas pensó,  
ninguna de las dos primas,  
aunque tuvieran razones  
que el mundo hoy justifica  
para desembarazarse  
y quitárselos de encima  
a los niños que aparecen  
por la decisión divina.

Ninguna de las dos quiso  
-tan honradas palestinas-  
contrariar el plan de Dios  
o dejarlo a la deriva

del capricho silenciado  
de esa propuesta atractiva  
que dicta: “tu cuerpo es tuyo”  
y el del niño, ¿quién opina?  
Del niño ya se opinó,  
pues manda quien lo aniquila  
y quien por comodidad  
a vivir sin carga aspira.

¿Qué hubiera sido de Dios  
si la Virgen solicita  
su libertad de escoger  
entre la muerte y la vida?

¿Qué hubiera sido de Dios  
si cuando estaba encendida  
de la gracia del Espíritu  
para que su Niño exista  
hubiera roto esa idea  
por otra idea que amortiza?

¿Qué hubiera sido de Dios  
si después de que le insista  
al arcángel San Gabriel  
en su promesa cumplida  
cambia luego de papel  
y lo convierte en ceniza?

¿Qué hubiera sido del Ángel  
si para que Dios exista  
el Verbo es subrogado  
a otra que necesita  
porque también es negocio  
quedarse por otra encinta?

¿Quién nos hubiera salvado  
si donde Dios enraíza  
decide porque ella puede  
que es más rentable la asfixia?

¡La Virgen vino a marcar

el ritmo de la semilla,  
fruto bendito del vientre  
que en su propio cuerpo abriga!

¡La Virgen vino a romper  
la mala entraña suicida  
para quien no sienta el palpito  
de una vida en otra vida  
pueda llegar por Jesús  
de veras a presentirla!

¡Viva la Madre de Dios!  
¡Viva la Virgen solícita  
que nos insinuó el Amor  
debajo de su camisa!

A la Biblia le encanta el simbolismo de los 40 días. El embarazo de María tuvo que rondar los nueve meses, **como los nueve pétalos de una flor llamada Encarnación**. Pero podemos imaginar 40 días como los 40 que estuvo el Arca de Noé flotando en medio del oleaje, bajo el diluvio, para conformar un mundo nuevo. O 40 años, como los que estuvo errando el pueblo de Israel por el desierto en busca de su Tierra Prometida. Al fin y al cabo, como nos habrá de recordar San Pedro, los tiempos de Dios no son los nuestros. *“Para el Señor, un día es como mil años, y mil años como un día”*.

Y en todo aquel tiempo de gestación de la Virgen, como ocurrió en los 40 días de Noé o en los 40 años de Israel vagando por el desierto, el mundo se estaba haciendo nuevo, aunque ni el mundo ni el Imperio Romano ni el mismo pueblo elegido y sus profetas pudieran sospecharlo aún...

...Solamente **María**, que lo guardaba todo en su corazón. Y que ya era otra.

Al posarse allí la Estrella  
se le enciende al vil Herodes  
el brillo de la maldad  
en el fondo de su azogue.

La Virgen vio que llegaban  
por docenas los pastores.  
Uno le trae una gallina,  
otro, corona de flores,  
y el que llega desde Utrera,  
regañás y mostachones.  
El más pequeño de todos

llevaba un par de tambores:  
uno para regalárselo,  
otro para hacer los sones  
de la larga caravana  
que se ve en el horizonte.

San José, lleno de luces,  
les permite que lo adoren,  
porque sabe que aquel Niño  
viene a salvar las Naciones.

Cuando María descansaba  
de llantina y chupetones,  
el Niño ya se entretiene  
con las ovejas que coge;  
jugando ya a ser profeta,  
el Buen Pastor de los hombres...

En el templo lo presentan...  
María lleva pichones,  
dos tórtolas su marido  
y el Niño va entre algodones,  
pero a Simeón, tan viejo,  
se le levantan rumores  
de su larga cabellera  
y sus finas sensaciones.  
“Dios mío, ya puedo irme,  
de tus hondos surtidores  
he visto ya al Salvador  
que esperábamos los hombres”.  
Luego, mirando a la Virgen,  
le entrega su antiguo informe:  
“A ti una espada, María,  
te atravesará insomne  
el corazón compungido  
de tus larguísimas noches”.

...Y Herodes no descansaba,  
va tramando día y noche  
cómo engañar a los Magos  
para que ellos le informen.

Los de Oriente se escapaban  
por los senderos del orbe  
que no saben los soldados,  
que ya reciben las órdenes:  
“¡Que busquen a toda costa,  
por barrancas y atolones  
nacidos aquellos años  
ya sean hembras o varones!”

San José, que se ha dormido,  
ha recibido instrucciones:  
“¡Vete con el Niño a Egipto,  
no vuelvas hasta que Herodes  
culmine su plan malvado  
de asesinatos atroces!”

*[La Misión (E. Morricone)]*

Y allá que va la Familia  
-un burro con dos serones-,  
Virgen Sagrada María  
cruza ríos y baja montes.  
San José, siempre pendiente  
de encender conversaciones,  
nota a la Virgen callada,  
madurando lo que escoge:  
una vida egipciaca  
o el regreso a los fogones  
que dejó allá en Nazaret;  
vida en marcha o vida pobre.  
Pero el Ángel los avisa...

Como gitanos de entonces,  
vuelve la Virgen con Niño;  
canasteros que acrisolen  
los mil caminos de Roma  
entre Sión y los bosques  
de aquella nueva Judea  
mandada por sacerdotes  
sumos de sumo cuidado:  
fariseos y zelotes...  
Han pasado doce años  
Y el Niño ya es casi un hombre,

al menos por lo que habla  
entre sabios y doctores.  
Para María es un niño,  
su Niño de casi doce,  
que *ha perdido* en la Caravana  
y al que llamaban a voces...

Con lo que se quiere a un hijo,  
y casi lo pierde entonces.  
“¿Dónde andabas, Hijo mío?  
Que ni el viento a ti te roce”.

“Estaba ocupado, madre;  
sentía el agua salobre  
y preciso agua salada  
para dársela a los pobres.  
¿Tú no sabes todavía  
que he de echar en nuevos odres  
el vino que me dio Padre?”

Hay una calle de bronce  
desde entonces por Utrera;  
una calle cuyo nombre  
remite al Niño Perdido,  
un niño del que se pone  
como expósito en la puerta;  
un niño que se supone  
que ni la madre ni el padre  
lo quieren ni lo conocen...

¡El *Niño Perdió* de Utrera  
reza aún para que broten  
almas de madre en la madre  
que no sabe pero acoge,  
como la Virgen María  
cuya Gloria y cuyo goce  
fue ver crecer a Jesús  
ante Dios y ante los hombres!

[... y termina LA MISIÓN]

En *Cien años de soledad*, Gabriel García Márquez, refiriéndose al pueblo de Macondo, dejó dicho que “*el mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre y, para mencionarlas, había que señalarlas con el dedo*”. Con ello consagraba, literariamente, la fuerza motriz del **sustantivo**. Porque las cosas empiezan a existir de veras cuando las nombramos.

Traigo a colación la cita porque a **María**, que ya tenía su nombre, la sustantivamos definitivamente cuando empezamos a considerarla –a llamarla– “**Madre de Dios**”. No es una cuestión baladí porque no fue hasta el **Concilio de Éfeso**, en el año 431, cuando se rechaza aquella idea de que María fuera solo la madre de Jesús-hombre y no la madre de Jesús-Dios. El matiz es fundamental. Y por tanto, desde aquel momento, María no se llamó solo *María* sino también *Madre de Dios*.

Más de mil años después, en el **Concilio de Trento** que tanto regeneró la vida de nuestra Iglesia Católica, se empezaron a incentivar las devociones marianas, presentes en cada movimiento del catolicismo europeo. El 7 de octubre 1571, para colmo, ganó España (y Europa) la **batalla de Lepanto** contra los turcos, y aquella victoria se le acreditó a la Virgen María. El papa Pío V, que había dicho aquello de “*Dadme un ejército que rece el rosario y conquistaré el mundo*”, no tardó en dedicar aquel mes de **octubre** al Rosario.

Menuda Gloria para María, la Madre de Dios, Reina del Cielo y de la Tierra, la Virgen del Rosario. Qué preciosidad de palabra: **Rosario**, que significa “jardín de rosas”, el conjunto de rosas con que honramos a María. Después de dar a luz a Cristo, María mereció de sobra un ramo de rosas bautizado como *Rosario*...

Y es bueno recordar que el **Rosario** había nacido en el siglo X en el seno de varias órdenes religiosas, pero entonces consistía en rezar nada menos que 150 Padrenuestros. En el siglo XII, cuando ya había aumentado la devoción por María, es **Ella** la que empieza a protagonizar este rezo y la mayoría de aquellos *Padrenuestros* fueron transformándose en *Avemarías*. En el siglo XIII, con Santo Domingo de Guzmán y sus dominicos, se empieza a popularizar ya el uso de contadores, para llevar la cuenta de tanta oración. Las órdenes mendicantes generalizaron este rezo incluso entre los laicos. En 1475 se funda, de hecho, la primera Cofradía del Rosario, cuya fiesta se instaura ya en el siglo XVIII.

Pero es que en Utrera tenemos ya, en pleno siglo XVI, absolutamente consolidada la advocación de la Virgen del Rosario, otra forma de llamar a María, la Madre de Dios,



no solo porque fuera entonces una talla anónima a la que daba culto la **comunidad dominica** de este pueblo, sino porque en el Convento de San Bartolomé fundado en 1542 bajo el patronazgo de Don Bartolomé López Marchena y su esposa Doña Guiomar Alonso ya se había implantado una devoción increíble por el Rosario, hasta el punto de que en 1560 existe ya una Hermandad del Santo Rosario de la Virgen María.

Utrera se vuelca en 1583 con su Virgen del Rosario porque es la única esperanza a que pueden agarrarse los utreranos frente a aquella cruel pestilencia y mortandad que los asolaba. Aquel día en que sacan a la Virgen del Rosario en procesión cesó el contagio. Y desde aquel momento y durante los siguientes 20 años es la Virgen del Rosario la Patrona de Utrera. Incluso después, ya en 1609, viene un tremendo año de sequía y la Virgen del Rosario vuelve a salir en una procesión extraordinaria que, antes de terminarse, se ve sorprendida con una lluvia tan abundante que la cosecha de aquel año, dicen, fue igualmente generosa. ¡Cómo nos acordamos de la Virgen del Rosario cuatro siglos después!

Quienes se han acordado de la Virgen del Rosario, y especialmente en los últimos tiempos, han sido **los gitanos utreranos** que desde mediados del siglo XVII se desplazan desde la calle Nueva hasta el entorno del convento de San Bartolomé y la plaza de abastos porque nos estamos refiriendo a los gitanos fragüeros, a los gitanos carniceros, matarifes; todos ellos gitanos con una devoción creciente por la Virgen del Rosario y que, a la altura del año 1800, participan en la procesión general de rogativas que se organiza por la gran epidemia de fiebre amarilla que había entrado por el puerto de Cádiz y que ya sufría casi toda Andalucía.

Un cuarto de siglo después, incluso cuando los dominicos abandonan el Convento de San Bartolomé por la Desamortización, los utreranos no imaginaban aún que la capilla iba a derribarse y que se iba a extinguir la Hermandad. Pero así ocurrió. Y la Virgen del Rosario fue trasladada a la Parroquia de Santiago el Mayor. Allí ocupó una capilla en la que antes había habido un lienzo de la Virgen de la Antigua...

Del olvido en que cayó entonces nuestra Señora del Rosario han sido testigos incluso utreranos que hoy están en este teatro. Hasta que en 1997, como en un penúltimo milagro, la Hermandad de los Gitanos la incluyó entre sus titulares, junto al Cristo de la Buena Muerte, Nuestra Señora de la Esperanza y el Beato Ceferino Mártir.

Así fue como se le devolvió el culto cada mes de octubre y así fue como Utrera se rebuscó dentro de sí misma para encontrarse una advocación, para recuperársela, para regalársela –Inmaculada de nuevo– a estas nuevas generaciones que no sabían que el *Rosario* es un conjunto de rosas...

*A Cai no le llaman Cai,  
que le llaman Relicario,  
porque tenemos por patrona  
a la Virgen del Rosario.*

Lo cantaba hace un siglo Aurelio Sellés, en su barrio de Santa María, desde donde la devoción a esta advocación de la Virgen ha sobrevivido, especialmente, desde aquel Terremoto de Lisboa de 1755 –es decir, mucho después que en Utrera- en que los gaditanos imploran a la Virgen para que mitigase la fuerza del mar. Las letras en torno a la Virgen del Rosario tienen, desde entonces, la misma edad que el flamenco:

*A la Virgen del Rosario  
velitas le he prometido  
si hace que tú me quieras  
como yo se lo he pedido.*

La Madre de Dios, tan pura,  
con un rezo que es constancia,  
pone oído y se acerca,  
y escucha nuestras plegarias.  
No es una diosa distante;  
es una madre cercana  
que no se olvida de ti  
ni en las buenas ni en las malas.

Santa Virgen de la Aurora,  
Estrella de la Mañana;  
también la llaman a veces  
Santa María la Blanca,  
Blanca Paloma del Cielo  
y Virgen de la Esperanza.  
Y Nieves, Mar y Mercedes  
Y Virgen de la Granada.

Son tantos tus nombres, Madre,  
que si un día me olvidara  
del grito para implorarte,  
Tú misma te revelarás,  
como Luz, Cinta o Milagros,  
inquieta por nuestra causa.

De la Paz, del Campo, ¡Carmen!  
Eres Virgen coronada  
por la Caridad del Cobre,  
por el oro y por la plata

que anidan en corazones  
de quienes siempre te hablan  
de frente, porque no temen  
tu siempre sabia palabra.

Virgen también en la Sierra,  
también te llaman Montaña,  
Dulce Nombre y de la Mesa,  
eres la Virgen de Gracia.  
Setefilla y Araceli,  
De los Reyes y la Palma,  
De los Ángeles, ¡Remedios!,  
Cuántos nombres, ¡Candelaria!  
Purificación del día,  
¡Santa Virgen de las Aguas!

De la Huerta en Almería,  
¡Virgen del Amor, y amada!  
En Sevilla, Macarena,  
En España, Inmaculada.  
Piedad, Belén y Veredas,  
¡solo Tú en tu propia Pascua!  
Suceso, Amparo y Salud,  
¡Alegría de cada casa!

Por Utrera no te pierdes...  
Conscientes de que eres santa  
nos consolamos al verte:  
¡Ole las gitanas guapas!

En Utrera, tierra mariana como pocas, tenemos la suerte de que haya arraigado en este pasado siglo una de las advocaciones más universales de la Virgen. El pueblecito portugués de **Fátima** sirvió para que María, aparecida a tres humildes chiquillos –Lucía, Jacinta y Francisco-, ganara una advocación más partiendo precisamente de la que fuera Patrona de Utrera: la Virgen del Rosario. Fue la Virgen así, con el Rosario, la que se les apareció a aquellos pequeños portugueses cada día 13 de los meses que pasaron entre mayo y octubre. Corría el año 1917, precisamente la época en que Utrera comenzó un crecimiento sin parangón para convertirse en la ciudad que es hoy. Y aquella Virgen del Rosario en Portugal intensificó su propia existencia llamándose también **Virgen de Fátima**.

A través del testimonio de aquellos niños, Dios quiso hablarle al mundo entero, y lo consiguió. Y la fórmula usada por María, en la práctica, se parecía mucho a la sentencia



de su propio Hijo: *“Dejad que los niños se acerquen a mí”*. No solamente se le acercaron los niños, sino las mujeres y los hombres del mundo entero, y hasta el Papa y toda la jerarquía eclesiástica de la Iglesia universal. Hubo gestos y milagros, y Portugal entero no tardó en consagrarse a la Virgen de Fátima, que fue coronada en 1946. Al año siguiente, la Virgen de Fátima recorrió triunfante España y varios países europeos, hasta llegar a Roma con el sobrenombre de *Virgen Viajera...*

Una década después, cuando la devoción por Nuestra Señora de Fátima se había extendido por todo Occidente, y en el transcurso de las Jornadas Misionales que se celebraban en Utrera en la primavera de 1959 -el requisito del cardenal Bueno Monreal para coronar canónicamente a Nuestra Señora de Consolación-, en uno de estos centros misionales, el de la barriada de Las Veredillas, el inolvidable sacerdote

Miguel Román trajo una imagen de Nuestra Señora de Fátima para presidir aquella destartalada nave en la que se oficiaban los cultos.

Cuando terminaron aquellas jornadas, había que devolver la Virgen a la Parroquia de Santa María de la Mesa, de donde procedía, pero el barrio se había enamorado de tal modo de aquella Virgencita, que cambió su propio nombre por *Barriada de Fátima* y no tardaron en adquirir otra imagen, que salió en procesión apenas año y medio después, el 13 de mayo de 1961.

Don Miguel Román, que en Gloria está, ayudó como nadie a aquella recién nacida Asociación Mariana *Nuestra Señora de Fátima* para que continuase en la organización de sus cultos, hasta el punto de que en 1967, medio siglo después de las apariciones en Portugal, la barriada utrera sacó a su Virgen en Romería.

Caminar con su Virgen hacia el eucaliptal, hacia este parque o hacia aquel pantano ha sido metáfora diversa del afán caminante de su humilde esencia. La Historia de la Virgen de Fátima en Utrera, hasta que consiguió convertirse en Hermandad, hace ahora exactamente 30 años, y su propia capilla en un barrio con personalidad, es la historia de una devoción a raudales de unos utreros concretos, y de una familia, la de los Panadero, que sin perder su propio tren de la fe, ha dado constante testimonio en nuestro presente de eso que tan claramente expresaba el Concilio Vaticano II: *“La función maternal de María para con nosotros de ningún modo oscurece o disminuye la única mediación de Cristo. Todo lo contrario. Esta mediación maternal, este patrocinio, es querido por Cristo y se apoya y depende de los méritos de Cristo y de ellos obtiene toda su eficacia”*.

Por esa misma **Vereda** de la Salvación –decir “Virgen de las Veredas” en Utrera es decir *Salvación por María*-, encontramos a **María del Dulce Nombre**, otra advocación antiquísima de la Virgen que cada día del Corpus Christi nos anticipa su propia fiesta de septiembre y nos recuerda que aquí tuvo su hermandad, su boato y su renombre.

Viendo a la Virgen del Dulce Nombre en la parroquia de Santa María hubo cierto clérigo que exclamó: “*No hay duda de que quien te hizo, te vio antes*”. La exclamación vale su peso en oro teológico, porque decir de una efigie que “quien te hizo te vio previamente” es reconocer que nuestras Vírgenes están facturadas a imagen y semejanza de la Virgen María, y que todos sus nombres, desde el más Dulce al más Glorioso, se inspiran en la gran medianera entre Cristo, que es la cabeza de la Iglesia, y nosotros, que somos su cuerpo. Fue el papa Pablo VI quien nos dejó grabada a fuego aquella lección sintetizada en una sola frase: “***Para ser auténticamente cristianos, hay que ser verdaderamente marianos***”.



Y eso que María hace mutis por la izquierda en los Evangelios hasta que no vuelve a aparecer, ya con Jesús estrenando su vida pública, en aquella boda de **Caná de Galilea**.

“*Hijo, no tienen vino*”, le dice María al Señor. No tienen alegría, y es posible que no tengan ilusión, confianza en sí mismos, como nos ocurre tantas y tantas veces incluso a quienes decimos tener una fe inmensa pero sin ser capaces de mover montañas...

Hijo, que no tienen vino,  
dijo María en la boda,  
deseosa de un milagro,  
mientras el novio y la novia  
soñaban en su pobreza  
una miel de luna en Roma.

Que no tienen vino, Hijo,  
y la flor que se deshoja  
se queda en un tallo yerto  
de esperanza mustia y rota.

Hijo, que no tienen vino;  
ni una gota ya en sus copas.  
El Hijo de Dios se cree  
que aún no ha llegado su hora,  
pero las madres son madres,  
insistentes como rocas,  
aunque dejen a sus hijos  
el momento de la Gloria.

Esas tinajas de afuera  
llenadlas de agua todas,  
les dice a los mayordomos  
sin esperar otra prórroga.  
Es posible que así sea;  
que no haya llegado su hora,  
mas si es María quien lo pide  
se cambian mucho las tornas.  
A una madre, ni chistarle,  
es cuestión obligatoria.

Haced lo que Él os diga,  
musita Ella en la alcoba.  
Los criados cumplen órdenes,  
aunque crean contradictoria  
esa de suplir con agua  
la alegría maravillosa.

*Hijo, que no tienen vino,*  
sigue pensando en la sombra  
el Hijo de Dios que acaba  
de obedecer sin zozobra  
a la Madre del Altísimo,  
que aparece sin corona  
pero que es Reina en Caná  
porque ha llegado la hora  
de gloriarse en quien parió,  
mientras que los novios lloran  
de alegría porque no saben  
cómo es que aparece ahora  
este excelente licor

de alma nueva y zarzamora.  
¡Virgen De Gloria en Utrera,  
Santa María Mediadora,  
Tú que tienes en tus manos  
el poder que de Él brota  
media por todos nosotros,  
Santa María Salvadora,  
por los niños que no comen,  
por los enfermos en coma,  
por las madres de la guerra,  
por las madres de la droga,  
por las madres como Tú;  
madres que penan y adoran  
a esos hijos que se escapan  
de la infancia a deshoras  
como adolescentes mustios,  
caballos que se desbocan!

¡Virgen de Gloria en Utrera,  
a ti que todo te importa  
de este pueblo sin estribos,  
de este pueblo que te implora,  
pide a tu Hijo más vino  
de aquel de la Santa Gloria  
que ya supiste aflorar  
en lo mejor de la Boda  
aquella, cuando Caná  
era una fiesta en la aurora  
de aquel día en que Dios mismo  
convirtió el agua en alondras  
y a ti te puso celeste  
en un campo de amapolas!

La mayor Gloria de María fue subir Asunta al Cielo, en cuerpo y alma, como su Hijo. Fue Dios quien la premió de esta manera exclusiva. Al pie de la Cruz, se hizo Nuestra Madre cuando Jesús, en plena agonía, se dirigió a San Juan para decirle: *“Ahí tienes a tu madre”*. Y a María, para insistirle: *“Ahí tienes a tu hijo”*.

Después de la Ascensión de Jesucristo, María estuvo presente en el nacimiento de la Iglesia con **sus propias oraciones**. Nos conmueve pensar hoy, dos milenios después, en el misterio que supone dilucidar qué pediría María al Señor mientras rezaba. Seguro que

nada para ella y todo para nosotros. Lo primero que pidió María fue el don del Espíritu Santo que en la Anunciación la había cubierto con su sombra. El Espíritu Santo que finalmente hubo de llegarles a Ella y a los apóstoles en forma de lenguas de fuego, en Pentecostés.

Luego, la Asunción de María constituye una participación singular en la Resurrección de su propio Hijo y una anticipación de la resurrección de todos los demás cristianos. María tiene muchos títulos, pero el primero es el de **Abogada nuestra**.

En Utrera, este papel de Abogada Asunta al Cielo lo ejerce una de las advocaciones más antiguas –junto a la de las Veredas– de cuantas pueblan esta tierra santa: **Santa María de la Mesa**.

De la Virgen de la Mesa, gótica del siglo XIV que llegó a tener cofradía y hermanos tan ilustres como el mismísimo Rodrigo Caro de aquellos “*campos de soledad y mustio collado*”, se cuenta que vivió en una pequeña capilla rodeada de mujeres pobres del lugar, y que fue la titular de un antiguo hospital de mujeres antes de pasar a la parroquia a la que hoy da nombre. Valga “Mesa” como “la meseta” en la que se asientan los terrenos de ese venerable templo. Una meseta utrerana que bien puede funcionar como metáfora de la católica España, cuyo austero corazón histórico late igualmente sobre una planicie desde la que María, después de su misión en este mundo, comenzó su último lance para volar lo más alto posible.



Como nueva Eva liberada del pecado, la subida al cielo de María no fue exactamente un trance, sino la experiencia natural de quien había sido elegida por Dios desde el comienzo de los tiempos, de quien había dicho Sí a que la Historia de la Salvación empezase –arraigase– en su propio vientre; de quien había cuidado, mimado, educado al mismísimo Dios hecho Niño, luego Joven, luego Hijo del Hombre encarnado...

El sol se pone en Utrera cada crepúsculo por el convento de aquella eternizada Virgen de las Veredas que hoy comparte templo con la de la Mesa, aunque un manto de olvido la cubra y ella se deje, porque María, al fin y al cabo, nunca quiso ser protagonista. A la Virgen de las Veredas, patrona del monasterio de San Francisco, la sacaron tantas veces contra sequías y epidemias, que hubo un tiempo en que la conocieron como la Virgen de las Aguas. María, nuestra intercesora en el Cielo, que conoce tan bien...

[Entra piano]

Santa María de la Mesa brota cada 15 de agosto como una flor de cerezo, se asoma a la mañana estival de los deseos amontonados en su porche y regala las gracias que Ella considera oportunas.

Santa María de la Mesa es la Virgen en ese instante inefable, místico, en el que deja de ser una mujer de carne y hueso y comienza su elevación al Paraíso. Santa María de la Mesa nos atrae como un imán con su mirada porque representa el ínterin en que la carne mortal se torna gracia y alma definitivas, y por su retina de madre dispuesta, dolorosa y triunfante pasa toda la Historia de Cristo, que es la Historia de su Hijo, la Historia de su vida y nuestra Historia de la Salvación gracias a una nazarena consciente ahora de que cuanto más alto subía, “*deslumbróseme la vista, / y la más fuerte conquista / en oscuro se hacía; / mas por ser de amor el lance / di un ciego y oscuro salto, / y fui tan alto, tan alto...*”

[ANABEL: “*Tras de un amoroso lance*” (San Juan de la Cruz)]

Desde el Cielo, si Jesús es El Buen Pastor –y lo es porque es capaz de dejar a 99 en el redil para buscar a la oveja perdida–, su Madre no tiene más remedio que ser **la Divina Pastora**. La Pastora madre del Buen Pastor; la Pastora del rebaño que es la Iglesia; Buena Pastora porque también Ella, que cuida del Cordero Inmaculado, está por la labor de amparar a cualquier oveja perdida, a cualquiera de nuestras almas, ahora y en la hora de nuestra muerte.

La advocación de la Divina Pastora es precisamente **nuestra aportación** al orbe cristiano. Cuando digo *nuestra*, digo de Sevilla e, inmediatamente después, de Utrera. Porque fue en los albores del ilustrado siglo XVIII cuando un humilde fraile al que la Historia de la fe sigue sin hacer justicia, **Fray Isidoro de Sevilla**, tuvo aquella revelación tan lógica de María acariciando al Divino Cordero. La habían visto de tal guisa, mucho antes, San Juan de Dios o la venerable María Jesús de Ágreda. Pero Fray Isidoro mandó pintar su “ocurrencia”. Si Jesús mismo nos ofrece su propia metáfora de *Buen Pastor* y al mismo tiempo de *Cordero*, María encarna perfectamente ese rol de la Divina Pastora que el propio fraile capuchino fue capaz de sintetizar en una décima inolvidable...

Salve, Pastora querida,  
cuya caridad te mueve  
dejando noventa y nueve  
buscar la oveja perdida.  
Salve Fuente de la Vida,  
Salve Bellísima Aurora,  
porque en la última hora  
de su vida, el Sumo Rey  
de toda la humana grey  
te constituyó Pastora.

La Pastora que nos guía con su propia luz imperecedera es **María resucitada desde su Gloria celestial**. Y si en la última década del siglo XVII se había extendido la práctica del rezo público del Santo Rosario de la mano de **la Virgen de la Alegría** en la sevillana parroquia de San Bartolomé, Utrera no era menos en esta piadosa práctica desde el pasaje del Niño Perdido, con la fundación de la congregación de Jesús, María y José por parte del también capuchino Fray Feliciano de Sevilla y gracias al patrocinio del Marqués de la Cueva del Rey, que para algo se había casado en Utrera.

Utrera es, por derecho propio e historia íntima, cuna primitiva de ese salto sin parangón que experimentará la Divina Pastora desde que su hermandad se funda aquí en 1707, después de que lo hubiera hecho en 1703 la Primitiva de Sevilla y poco antes de que lo hicieran oficialmente Málaga,

Jerez o Cantillana. La Divina Pastora de las Almas que no encuentra suficiente respaldo institucional en Sevilla, a pesar de la procesión de Fray Isidoro con su lienzo recién pintado por la Alameda de Hércules, no solamente hallará en Utrera una profunda devoción,

sino incluso una efigie que se le atribuye a Montes de Oca desde 1715. La Hermandad de la Divina Pastora de Sevilla, por aquel entonces, se funda en la iglesia de San Gil, y luego se traslada a Santa Marina... Y la devoción por la *ocurrencia* de Fray Isidoro se va extendiendo, desde Sevilla y algunos hitos de su antiguo reino, como por ejemplo Utrera, hasta los confines del orbe cristiano. El fraile sevillano encontró en Utrera, sin duda, la mejor aliada de su santa misión.

Que pregunten hoy en Barquisimeto, en Venezuela, por su grandiosa romería de la Divina Pastora... Allí se mantiene encendida la llama amorosa por esa oveja descarriada que puede ser, cualquier día –cualquier noche–, cualquiera de nosotros cuando necesitamos cantar el Ave María contra la persecución de ese dragón al que llamamos pecado. El mayoral del rebaño de la Divina Pastora es **el Arcángel San Miguel... defensor nuestro**.



El mayoral San Miguel  
mira y remira en el llano  
por si algún alma cayó  
en la querencia del pasto.

Somos ovejas de Dios,  
ovejas al fin y al cabo  
de las que aquel Buen Pastor  
integró su fiel rebaño.

Puso a un arcángel de guarda:  
San Miguelito al cuidado  
de las almas que se afanan  
en ser cuerpos con sus fallos.

Es por eso que María,  
matriarca del ganado,  
tuvo que pastorear  
también en el verde prado.

Y por eso con acierto  
a María la llamaron  
Virgen, Divina Pastora,  
con su Corderito al lado.

Fray Isidoro en el Cielo,  
todo cubierto de nardos,  
revisa aquellos sermones  
de hace trescientos años.

Aquí encontró el capuchino  
la fuerza de su otro brazo  
con que a San Bartolomé  
vino firme predicando.

¡La Madre del Pastor Bueno  
es Pastora sin empacho;  
Pastora Divina y Señora  
de honorables utreranos!

Tan privilegiado antecedente de la Divina Pastora en Utrera marca sin duda el camino para que esta advocación de la Virgen como *Pastora nuestra* tuviese que fructificar muchísimo más con el paso de los siglos...

También el amor a la madre es una **peregrinación** que nos dura toda la vida. Amamos a nuestra madre al nacer, porque es quien nos da la vida; la amamos al crecer, porque nos acompaña siempre; y la amamos, sobre todo, cuando echamos la vista atrás y comprobamos esas huellas que nunca se han de volver a pisar. Nos decía Machado a nosotros, caminantes, *que no hay camino*; que se hace camino al andar; y *que no hay camino*, sino estelas en la mar. Peregrinos de la vida –y *nuestras vidas son los ríos, que van a dar en la mar-*, no hay mejor momento para amar a quien nos dio la vida que el de cuando estamos a punto de llegar de nuevo a sus plantas, después de tanto, de tanto todo para un todo final en el que confesarle a nuestra propia madre ¡Ole, ole y ole!; *que al Rocío yo quiero volver, / a cantarle a la Virgen con fe, / con un ole, ole, ole y ole...* como cantaron aquellos primeros rocieros utreranos de hace ahora 40 años al llegar por primera vez a la Aldea.

También el suyo fue un largo peregrinaje hasta que de asociación pasaron a hermandad, amadrinada por la Hermandad de mi pueblo, Los Palacios y Villafranca. En la bandera de la Virgen, pueden comprobar un lema que lo dice todo: "*Tu Rocío es mi Consuelo*"...

Desde entonces no faltan ni un año, empapados de amor por su Madre a esa cita con el Espíritu Santo a la que se acude con cante, con vino, con flores, con carretas, con bueyes, con mulos, con el Guadalquivir de cómplice, con las marismas, con las arenas, con la carreta de plata, con el cielo y con la tierra, con la medalla y la manta y el paso del río Quema, con las viandas y con el sombrero, con las estrellas y los luceros, con las botas y con la salve y con el traje de flamenca; con todo lo que ha hecho de esta tierra y de Utrera un templo infinito al aire libre de esta campiña sin límites, porque para rezarle, para pedirle, para cantarle, para llorarle y para agradecerle a una Madre no necesitamos inventar demasiadas reglas.

La Historia nos avala. Cuando nuestra tierra se configura como especialmente **mariana** después de la Conquista a los musulmanes, la Epifanía de esta nueva era del milenio es protagonizada por la Virgen, que se aparece en el epicentro de la Baja Andalucía incluso en el tronco de un olivo, como se sabe que la encontró un pastor en plena marisma de las Rocinas al final de la Edad Media.

Había sido el rey sabio **Alfonso X**, el de las *Cantigas de Santa María*, quien había mandado erigir una capilla en aquel territorio lacustre y salvaje en el que la Madre de Dios derrochaba ya nombres y adjetivos... Santa María de las Rocinas, Nuestra Señora de los Ángeles, Pastora de Almonte, Blanca Paloma, Reina de las Marismas...

[*y arranca ROCÍO (M. Ruiz Vidriet y M. Pérez Tejera)...*]

Resulta un misterio insondable cómo en este crisol de culturas milenarias que se llama Andalucía hemos conseguido feminizar todo lo que nos importa de veras, incluso lo más sagrado, lo absolutamente divino. Para nosotros, el calor es lo que hace bien

lejos, por ahí... Aquí tenemos **la calor...** *Hay que ver la calor que hace.* El mar es de los turistas, de quienes se bañan en él sin compromiso alguno. Nosotros vivimos, trabajamos y sentimos **la mar.** La mar, siempre la mar.

Y esa metamorfosis tan natural de convertir en femenino de ella, de madre -de mamá- todo lo que consideramos supremo, incluso a Dios sin que a Dios le importe lo más mínimo, está íntimamente emparentado con nuestra artística capacidad de transmutar lo inmutable sin cometer herejía alguna; con el ángel –o con *el duende-* de la gracia precisamente divina de un Dios, el nuestro, a quien una vez, mientras predicaba en medio del gentío, una mujer anónima, le gritó: **“¡Viva la madre que te parió y los pechos que te criaron!”**... | El Evangelio no dice que los descendientes de aquella mujer se vinieron a Andalucía, pero a nosotros no



nos cabe duda. Dice el Evangelio que Jesús respondió: *“Mejor, dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen”.* Y, desde entonces, hemos combinado en esta santa tierra de María Santísima ambos pareceres. ¿Por qué no vamos a gritar ‘Viva la Madre de Dios’ si estamos dispuestos a escuchar y cumplir la palabra de Dios, y a Dios no hay mejor forma de amarlo y respetarlo que amando y respetando a su Bendita Madre?

Que nadie nos corrija, porque a Dios jamás le importó que lo alabáramos a través de su Bendita Madre. Más que decir “¡Viva Dios!” -que por supuesto-, nos suena mejor decir: “¡Viva la Madre de Dios!”. Porque la Gloria de Dios no está reñida con la Gloria de quien convirtió a Dios en Hombre, en Hijo del Hombre.

*(flautín)*

Pastora, te haces Rocío  
y a ese Rocío de la Aurora  
lo llamamos en mi tierra  
Bendita Blanca Paloma.

El Espíritu de Dios  
en la marisma es Señora,  
milagro providencial  
que a los andaluces honra.

¡Viva la Madre de Dios!,  
grita un millón de personas,  
¡Viva la Madre Rocío!  
¡Virgencita que enamora!

¡Que después de tanto tiempo  
-gorra, manta y cantimplora-  
a tus plantas ya se rinde,  
desde Utrera y hasta Roma,  
la devoción mariana  
que trasciende toda norma,  
confianza plena en Cristo,  
paraíso de amapolas!  
(y termina ROCÍO)

Nuestra infancia, esa patria verdadera, está abanderada por una diosa intocable que se llama **mamá**. Luego, cuando crecemos y descubrimos su vulnerabilidad, hacemos todo lo posible para que ni el viento la toque. Es para entonces cuando los cristianos hemos descubierto que otra Madre vela eternamente por nosotros, desde el Cielo... Y el culmen de nuestra creencia en la influencia de las cosas de arriba es cuando descubrimos que esa Madre del Cielo no solo se encarna espiritualmente en la nuestra de la tierra, sino en otras madres, madrecitas angelicales como aquella **Zapaterita** que fundó aquí en Utrera, después de la Casa Madre, el primer convento de su congregación de las Hermanas de la Cruz, precisamente en los años en que Sor Ángela escribía su *Diario espiritual*, dirigido por su confesor, el Padre Torres.

No es casual que la devoción primera de **Santa Ángela de la Cruz**, que anduvo por estas calles durante varias semanas y que participó de la eucaristía en Santa María, fuese **la Virgen de la Salud...** Salud para los enfermos, y no solo del cuerpo, como sabía tan bien quien aprendió en la Escuela del Espíritu Santo y quiso hacerse “pobre con los pobres”...

Los cristianos descubrimos, en nuestra primera madurez, que había ya una Madre que nos amparaba desde antes de que nacióéramos. Y que esa misma Madre sigue velando por nosotros ahora, en la hora de nuestra muerte y después, y que siempre, siempre, siempre está ahí para que la invoquemos como Socorro nuestro.

**Socorro** se define como “*acción y efecto de correr para salvar a alguien de un peligro*”. Es la Virgen, desde tiempo inmemorial, quien nos socorre en cada uno de los peligros de nuestra vida. Quien sale corriendo, si es necesario, para salvarnos. Quien pide por nosotros. Quien intercede, quien media, quien negocia, quien aboga por nosotros, quien se pone en nuestros zapatos, quien le quita hierro a nuestros pecados, quien relativiza nuestros males, quien nos mira tras el prisma del Amor.

**Socorro nuestro** como la Virgen de aquella antigua cofradía utrerana del pleno

Barroco llamada *del Santo Celo* y cuya función y procesión se celebraban el día de la Expectación, ¡ay Virgen de la O!...

Era aquella una cofradía que también tenía como titular al Santísimo Cristo de Santiago y que estaba conformada por los sacerdotes de la Parroquia de Santiago el Mayor. ¡Qué años esplendorosos aquellos en los que la Hermandad Sacramental encargó un magnífico retablo a Francisco Ballesteros! ¡Qué años ilustrados de lustre y celo aquellos en que hasta las campanas se bautizaban con el nombre de una Virgen! ¡Ay, campana de plata –campaneros- de la Santísima Virgen del Socorro que suena como ninguna!

*¡Ay, campana de plata que suena / con voz de niña en mi oído, / como una campana nueva, / como una campana virgen / de un alba de primavera!*

¡Ay, campana de plata de la Virgen del Socorro, amadísima María para esa asociación de fieles que ha puesto todo su celo en rescatar la grandeza del culto a esta advocación! Fue providencial aquel Nacimiento de 2016, aquella estampa de la guapa Virgen del Socorro ejerciendo de Madre; estos últimos cultos en torno a Cristo Rey; esta última conciencia de la belleza de María que merece cada fin de año una procesión de alabanzas antes de su Adviento, que es también el nuestro: nuestra esperanza y nuestro auxilio...

Porque decir Socorro es pedir Auxilio. Y a quién mejor le vamos a pedir ayuda que a la madre de Quien todo lo puede: **María Auxiliadora**.

Ahora se cumplen 90 años de la canonización de **San Juan Bosco**, aquel maestro italiano iluminado por la gracia de María que no solo tuvo el talento, la paciencia, la amabilidad, el tacto, la inteligencia, el don de gentes, la psicología, la empatía, la lucidez y el carácter visionario suficientes como para comprender que a nuestro mundo solo podía cambiarlo **una educación basada en los principios cristianos y humanistas**, sino que se fijó, providencialmente, en la llamada que desde España y concretamente desde Utrera se le hizo en el último tercio del siglo XIX para que aquí desembarcaran los primeros obreros de una mies que solo San Francisco de Sales podía haber interpretado como oportunidad para implantar en la tierra el Reino de los Cielos...

Seis salesianos, como benditos seises, llegan a Utrera un 16 de febrero de 1881, y desde la ventanilla del lento tren atisban ya las torres y espadañas de esta bendita ciudad. “*Ecco Utrera!*”, exclaman fogosos, antes de decidirse por la iglesia del Carmen como cuartel general desde el que evangelizar el pueblo y la comarca. La **Virgen del**



**Carmen**, pues, -ay hermanas carmelitas de un silencio transversal en nuestra historia local- está en la semilla de esa obra sin precedentes que los salesianos estaban llamados a ir creando en la conciencia, en la sociedad y en la educación de Utrera.

Solo algunos años después, cuando esta obra salesiana ya había comenzado a notarse tanto en la educación y el amparo de cientos de niños como en la creación de una afición musical que no decaería jamás gracias a la formación de una banda de música, llegó desde Marsella esa María Auxiliadora sin la que la Historia contemporánea de Utrera no se hubiera entendido.

Eran **los tiempos del cólera**, y luego vinieron los tiempos de la hambruna, y los salesianos, presididos por **María**, Auxiliadora de todos los cristianos, jamás dejaron ya de auxiliar a los pobres dentro y fuera de las aulas; dentro y fuera del Oratorio; dentro y fuera de la ciudad.

Utrera comenzó el siglo XX como epicentro de una obra salesiana dispuesta a expandirse por toda Andalucía y por toda España, y el nombre de *Utrera* se asoció ya y para siempre al de los salesianos de María Auxiliadora, coronada canónicamente en 1981, cuando se cumplía el primer siglo de la llegada de estos santos maestros a nuestra ciudad... En el siglo XXI, los salesianos han seguido demostrando, además, que no solo de pan vive el hombre, porque hoy las necesidades de la juventud van mucho más allá del pan nuestro de cada día...

Santa Virgen utrera,  
Auxilio de los cristianos,  
venerada salesiana,  
siempre dispuesto el regazo  
como solución final,  
pues siempre sales al paso  
de quien te implora con fe.  
Por difícil que sea el caso  
tu auxilio es garantía,  
y, aunque reluzca el pecado,  
más reluce tu perdón...

Te basta a ti con mirarlo,  
y esa es tu intercesión.  
De Jesús somos rebaño,  
y, cual oveja perdida,  
cuando sentimos el daño  
buscamos la protección,  
y a lo largo de los años  
nos salva la educación.

La educación de tu Hijo,  
como auténtico regalo  
que recibió de tu parte,  
fueron cariños probados  
que repartió de tal suerte  
que hasta sus bucles rizados  
fueron reliquias santísimas  
después de Resucitado.

Supiste en su juventud  
trazarle firmes peldaños,  
al modo en que nuestro Bosco  
enseñó a sus salesianos  
que antes de considerarse  
perfectísimos cristianos  
había que empezar por ser  
buenísimos ciudadanos.

Que somos la luz del mundo,  
le enseñaste bien temprano  
al Niño Jesús en casa  
para que luego en sus manos,  
tan honradas y divinas,  
descubriéramos trazado  
el camino de la sal,  
pues también somos hermanos  
por ser la sal de la tierra  
y por siempre preguntarnos  
*si la sal se vuelve sosa  
quién la salará...* Desgarro  
que puede llevarse el Padre,  
desde siempre preocupado  
por la simple honestidad  
que al final todos tengamos.

Es el mensaje final  
que siempre los salesianos  
predicaron desde aquí,  
comprometidos cristianos  
que siempre llamaron pan  
al pan tan bien amasado  
de la solidaridad.

Guía de la juventud,  
Santa María Auxiliadora,  
precisamos de tu luz,  
no mañana, sino ahora;  
ahora que tantos jóvenes,  
esclavos de tantas bromas,  
inconscientes de otro cielo,  
no saben lo que les roban  
las redes que solo atrapan  
y, aunque crean que enamoran  
o contactan con el mundo,  
solo gastan y desdoran  
su mucha capacidad  
de entrega, de amor, de honra  
de la sabia de sus tallos  
tiernos porque de ellos brota  
la esperanza en otro mundo  
liberado de las sombras  
y de tanta confusión.

Guía a nuestra juventud,  
Santa María Auxiliadora,  
como siempre la guiaste  
desde la lejana aurora  
aquella en que aterrizaron  
en la tierra de Montoyas  
los salesianos de Sales  
arrastrados por las olas  
de la generosidad.

¡Guía a nuestra juventud,  
tan valerosa en la llama  
de la pasión de la edad!  
¡Esta juventud que clama  
por que nosotros, adultos,  
le demos la confianza  
de dejarnos que nos lleven  
con el timón en su barca,  
que es la de Cristo, Señor;  
que es la tuya, Capitana,  
la que riela en el mar;

Auxiliadora de España,  
Virgencita tan dispuesta,  
la misma de la alta gracia  
de creer que Dios es hombre  
porque nació de la raza  
que se llama humanidad!

La juventud es espejo,  
pues se refleja en el agua  
de cada generación;  
Virgencita Inmaculada,  
mírala con compasión;  
joven fuiste tú en tu casa  
cuando recibiste al Ángel  
que te habló de madrugada;  
joven era tu marido,  
convertido en patriarca,  
el bueno de San José.  
¡Muy jóvenes tras las ramas,  
los pastores que adoraron,  
los apóstoles sin blanca  
que dejaron sus faenas  
para seguir, aun sin paga,  
de tu Hijo, Jesucristo,  
sus enseñanzas sagradas.  
Jóvenes los que seguían  
al Maestro siempre en masa,  
deseosos de otro tiempo,  
de otra meta y otra causa;  
jóvenes muchos enfermos,  
jóvenes los que ya andan,  
los que ven, los que ya creen  
que el Cielo es una baranda  
desde la que el Buen Ladrón  
a veces dice, a veces canta  
el milagro del perdón;  
joven Bienaventurada  
Tú, y la Iglesia y el Espíritu  
de nuestro Dios siempre en marcha,  
porque por naturaleza  
la humanidad no se cansa,

siempre igual y diferente  
agua santa y renovada  
que bendice nuestra Madre,  
Auxiliadora sagrada  
de juventud sin descanso,  
de juventud alabada,  
de juventud de don Bosco,  
de juventud salesiana!

Faltan apenas tres días para que arranque el mes de mayo, **el mes de María**, que es el mismo en el que **Primavera** ya no puede disimular más. El mes de la Resurrección definitiva.

Mayo es el mes de la Virgen María no solo por sus flores, sino por la vida, porque si María parió al Hijo del Creador, es el Creador, en mayo, el que ensalza la belleza, la bondad, la eternidad, la gloria de María. Y María nos contempla, desde mayo, como la consecuencia inevitable de la propia vida que Dios permite, que Dios riega, Dios bendice y Dios predica. *“Por mayo era, por mayo / cuando hace la calor, / cuando los trigos encañan / y están los campos en flor, / cuando canta la calandria / y responde el ruiseñor...”*. **Aquí mayo queda abierto por Consolación.**

La Patrona de Utrera no podía haberse bautizado con una advocación mejor: **Consolación...**

Conviene detenernos en el nombre y en su concepto. Consolación es todo lo contrario del desconsuelo, de la desolación que tantas veces nos golpea, del desánimo que zamarrea al mundo...

La Consolación se emparenta directamente con el ánimo, con el aliento que sentimos cuando alguien nos alivia y nos aplaca, nos devuelve a la lucha por la vida y a la alegría de que el camino siga por hacerse.

Se hace camino al andar, ya lo sabemos; lo dijo el poeta. Pero nadie dijo –tampoco el poeta– que el camino fuera de rosas. Hasta las rosas tienen espinas. Y en ese camino siempre indefinido que es la vida; en ese río cuyos meandros jamás conocemos porque nuestras vidas van a dar en la mar, María no solamente está siempre de nuestra parte siendo nuestro socorro ineluctable, mediadora y remediadora, auxiliadora, salud, nuestra esperanza, nuestro refugio y causa de nuestra alegría, sino que, desde su condición divina y memoriosa, es sobre todo y siempre **nuestro consuelo** en el sentido más activo que podamos imaginar, pedir y percibir: Consolación, a pesar de los pesares.

Y tantos siglos después, podemos afirmar rotundamente que en ninguna parte del mundo se dice este nombre con más arte, más enjundia, más historia y más conocimiento de causa que aquí: Consolación de Utrera.

Deberíamos remontarnos a los albores del dorado siglo XVI. Desde Sevilla recaló en Utrera la madre de aquella remota Marina Ruiz, la única beata sobreviviente a la

epidemia de 1507, que se trajo consigo la bendita imagen de Nuestra Señora de Consolación. Eran los años en que el utrerano Antonio de la Barreda pensó que entre aquellas palmeras y con aquel pozo tendría el lugar ideal para retirarse como anacoreta. Allí levantó él "la ermita de los monjes", quienes acogieron enseguida con tanto entusiasmo a la Señora de Consolación, pero hubieron de pasar los años... hasta que Antonio de Santa María fuera el primer testigo de cómo una noche, pese a su pobreza extrema y ya de vuelta tras una tarde pidiendo limosna tan infructuosamente, a la lámpara de la Virgen no se le agotaba el aceite. La lámpara que alumbraba a Nuestra Señora no solo no se había apagado, sino que no tenía intención de hacerlo, y de hecho no se apagó en toda la noche, y ni siquiera a la mañana siguiente, ni durante todo el día...



Aquel milagro de la lámpara con vocación de eternidad no fue un milagro al azar, sino una materialización de aquellas palabras de Cristo cuando les dijo a sus discípulos que eran "la luz del mundo". ***No se enciende una lámpara para ocultarla en una vasija, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a todos los que están en la casa. Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos***".

La Virgen María, iluminándose a sí misma para ayudarnos a ser luz.

Virgen clemente convertida en Luz de Dios para que nosotros fuéramos luz del mundo.

Virgen prudentísima empeñada en que la lámpara no se apagara.

Madre de misericordia dejando a los humildes en el epicentro del milagro.

Madre purísima enamorada de Utrera.

Madre amable con aquellas beatas de la Vereda.

Madre digna de veneración en la casa de quienes quisieron y quieren acogerla.

Virgen fiel a su ermita en medio de la campiña.

Madre del Creador propiciando que desde Roma dieran licencia para su ermita.

Madre del Salvador contribuyendo a que su amor se expandiera del Viejo Mundo al Mundo Nuevo.

Salud de los enfermos porque el convento de Consolación fue hospital.

Refugio de los pecadores porque el convento fue prisión.

Reina de los profetas porque hubo un Utrera quien previó la magnitud de la Madre de Dios convertida en Consolación del mundo.

Reina de las Vírgenes porque Consolación habría de ser la advocación que redimiera a todas las demás en esa vocación mariana de ser Consuelo de los migrantes, Consoladora de los afligidos, Consolación desde su Santuario para la Iglesia Universal.

La llama que le alumbraba  
su antiguo rostro celeste  
es el fuego de una lámpara  
rebotante del aceite  
que ha pedido por el pueblo  
un fraile lleno de peces  
cuyos panes del milagro  
multiplicó para siempre  
el Hijo de esta Señora:  
Consolación ardiente,  
María llena de gracia,  
Madre nuestra eternamente.

Virgen de Consolación,  
Consuelo del penitente  
que gime por los sembrados  
de trigos y olivas verdes.  
Virgen de Consolación,  
Anunciadora de Reyes,  
en Utrera no sabían  
la canción de los jinetes  
que, devotos y a tus plantas,  
se postrarían para verte.

En Utrera no sabían  
que su Virgen de levante  
iba a conquistar América  
con vocación de poniente.

Empezaron a saberlo  
cuando las miles de gentes  
del confín de Andalucía  
-peregrinos que no duermen-  
hicieron su romería  
y una fiesta por el vientre  
de la que dio a luz a Cristo  
y lo crio reluciente  
generosa de su pecho,  
surtidor de tibia leche.

Virgen de Consolación,  
muy pronto quisieron verte  
los carmelitas de Utrera  
y muy pronto el sonsonete  
de tu soledad sonora  
alertó a la astuta sierpe  
por tu alejado horizonte  
de naranjales silvestres.

Sin embargo la paciencia  
propia de los portugueses  
hizo la gracia del año  
en que Beatriz devuelve  
por el don de su apellido,  
Álvarez de noble nieve,  
a la ermita tan lejana  
tu figura tan sedente.

Son los Mínimos de Écija  
los que ahora pronto vienen  
dispuestos a celebrarla  
durante siglos de bienes.

*[Banda: Caridad del Guadalquivir (Paco Lola y Juan José Puntas)]*

Ya Rodrigo de Salinas  
dona una nao que proviene  
del oro aquel de las Indias  
que a Sevilla la enriquece.  
Ya los duques donan plata

y los más ricos marqueses  
aspiran a coronarla  
de rubís y de laureles.

Y hasta el rey Felipe IV  
a la Virgen le concede  
el enorme privilegio  
de repetirse y de verse  
en aquellas estampitas  
que ya forran las paredes  
de los más altos devotos  
en el siglo diecisiete.

En el año del Señor  
seiscientos cuarentanueve  
por fin se hermanan los astros  
y en Consolación se mueven  
los hilos tan asombrados  
para que el mundo te viere  
como ya te contemplaban,  
allende el mar de quien muere,  
en el riesgo mariner  
de aventurarse en la fiebre  
de llevar la Nueva al mundo  
y regresar relucientes.

Consolación del barquito  
en su diestra, que era fuerte,  
seguía pidiéndole al Niño  
la protección conveniente  
para tantos de sus hijos  
como embarcaban silentes  
sin saber si volverían  
con la vida o con la muerte.  
¡Patrona de marineros  
-comerciantes excelentes-  
que agradecían a la Virgen  
la vida y sus parabienes!

Aquella imagen tan gótica,  
del medievo proveniente

nacida de algún peral  
y aupada en la fe creciente  
de una casa emparedada  
de muy beatas mujeres  
tuvo una gran romería  
de increíbles ingredientes.  
Fiesta y bullicio de días,  
plegaria de masa ingente  
de los más nobles linajes  
y de la gente corriente.

Consolación milagrera,  
escuchó tantos cohetes  
durante siglos de gloria  
que vieron cómo amanece  
el fervor por nuestra Madre;  
Consuelo que se merecen  
sus hijos desperdigados  
por el quejío naciente  
de una tierra tan flamenca  
en la que el genio florece.

Los peregrinos que ansiaban  
las gracias del miserere  
acampaban en el llano  
para unos ritos solemnes:  
ofrecerle pleitesía  
en su fiesta de septiembre  
a Consolación de Utrera,  
la romería más potente  
del reino de las Españas  
en su dimensión celeste.

Aquel fervor desmedido  
de intimidades ausentes,  
tan olvidado de Dios,  
se remató prohibiéndose,  
pues resultaba en el fondo  
una fiesta irreverente  
en la mirada ilustrada  
que partió de los franceses.

No hubo ya romería,  
y pareció para siempre  
el silencio silenciado  
del bullicio impertinente.  
Silencio de los que incuban  
una divina simiente...  
...hasta el año del Señor  
de mil ochocientos trece,  
en que por fin se han marchado  
a su país los franceses,  
y aquí nació la Hermandad  
que llega ya hasta el presente  
y que honra con su celo  
la gloria de los creyentes;  
que en Utrera sabe a cante  
en la calle Las Mujeres,  
cante por la Fuente Vieja,  
cante del grande en las sienes  
entrecanas de Bambino  
-don Miguel Vargas Jiménez-,  
que cada mayo, con flores,  
por Calzas Anchas se viene  
a una juerga tan tan joven  
que parece siempre en viernes,  
con El Perrate y Gaspar,  
y la fuente donde bebe  
la del Colorao, Rosario;  
cante del que se siente,  
del que inspiró a don Enrique  
Montoya de pura fiebre  
por los Pinini de Utrera  
y sus mejores intérpretes,  
el cante de la Serneta,  
el cante de mi Fernanda  
por soleares dolientes;  
y el cante de su Bernarda,  
la hermana que más la quiere.

¡Cante grande, Turroneo,  
cante del Chato en sus mieles,  
cante que es rezo a la Madre,

Consolación que sugiere  
el grito desesperado  
del que pretende y no puede;  
el grito del que te implora  
por la salud y el aceite  
aquel que no te faltaba  
para la unción de tus fieles!

Virgen Sagrada de Utrera  
Patrona de los fervientes  
cristianos de Andalucía  
que se desviven por verte,  
nos da igual si en romería  
o allí, en tu Santa Sede.  
Consolación coronada  
por el afán de la gente,  
que te quiere por ser Madre  
serena, dulce y paciente.

¡Madre de Consolación,  
a ti se agarra el creyente  
porque aunque el mundo sea injusto  
en Ti una abogada tiene!

¡Ave María Purísima,  
Consolación en la mente,  
Consuelo en el corazón,  
Utrera por Ti se crece!

*Banda y la soprano Irene Román: Ave María (de William Gómez)*



*...entra la banda: Siempre la Esperanza (J. J. Espinosa de los Monteros)*

¡Gloria a la Virgen María  
que aquí fue de las Veredas!  
Gloria porque Ella es la Madre  
de Jesús en primavera  
tras haber atravesado  
desiertos, valles y penas  
hasta la Asunción celeste  
de la Virgen de la Mesa.

¡Gloria a María del Socorro,  
Gloria a María como suena  
cuando la llaman Auxilio  
o Auxiliadora, doncella!  
¡Gloria a María del Rosario,  
Gloria a la Virgen tan cerca,  
Mercedes y Milagrosa  
de San José en la Vereda!

¡Gloria a María ya en el Cielo  
y a la Virgen de la Estrella,  
¡esperanzada en su Hijo,  
Resucitado en Utrera!

¡Dulce Nombre de María,  
firme estandarte en la arena  
del Rocío y de la campiña  
que aquí dibujan su puerta!

Es el Amor el Consuelo  
que su ejemplo nos recuerda  
porque el Amor en María  
es el Amor en bandeja.

El Amor..., mientras nos cercan  
los peligros de este mundo  
que nos persiguen cual yedra  
inundando nuestro cuerpo  
de impúdica pena negra.

Es el Amor el Consuelo,  
solución que nos congrega  
al regazo de María  
cuando la noche es siniestra.

¡Es el Amor de María  
nuestra esperanza más cierta,  
y este año por Sevilla  
su figura será inmensa,  
porque quien cierra el congreso  
de hermandades y promesas

es la Virgen de la Gloria,  
la que nos ama y nos quema  
en el corazón ardiente  
que nos delata y serena;  
porque cualquiera se atreve  
con los años que atropellan  
si quien nos ama y protege  
es esa Virgen tan bella,  
Virgen que todo lo puede,  
milagrosa y marinera  
Virgen que flota en los siglos,  
Consolación en Utrera!

**HE DICHO.**



# Agradecimientos

Al Consejo de Hermandades y Cofradías de Utrera por confiar en un servidor para cantar las Glorias de la Madre de Dios, y especialmente a su presidente, Javier Aguilar, y su vicepresidente, Juan Apresa, siempre atentos a cualquier sugerencia para el engrandecimiento de la cita.

A mi amigo Juan Gavira Ayala, que no dudó un segundo en presentarme en tan venerable espectáculo.

A Anabel de Vico, que puso la flor de su cante sobre la mística de San Juan de la Cruz.

A Salvador El Titi, cuyo piano empapó de magia este pregón glorioso.

A Irene Román, que ha puesto su alma de soprano al servicio de la Virgen. Y a Aurora Galán, que también puso su voz interior para la misma causa.

Al maestro Juan Carlos Matas, director de la Asociación Musical Utrerana, y a todos sus componentes, tan diligentes, que inundaron de sonidos gloriosos el Teatro Enrique de la Cuadra, a cuyo personal quedo también agradecido por su buena disposición.

A mi amigo Antonio Cabrera, cuyos consejos, conocimientos e incluso imágenes me han sido de tanta ayuda en el proceso de creación del Pregón y de este libreto. Y a Diego León, diligente impresor.

A Pablo Anaya, por la magnífica instantánea de la portada.

Al Excelentísimo Ayuntamiento de Utrera.

Y a cuantos familiares y amigos me animaron desde el principio y me han acompañado en el domingo más glorioso que vamos a recordar.



ÁLVARO  
ROMERO  
BERNAL

“¡Guía a nuestra juventud,  
tan valerosa en la llama  
de la pasión de la edad!  
¡Esta juventud que clama  
por que nosotros, adultos,  
le demos la confianza  
de dejarnos que nos lleven  
con el timón en su barca,  
que es la de Cristo, Señor;  
que es la tuya, Capitana,  
la que riela en el mar;  
Auxiliadora de España,  
Virgencita tan dispuesta,  
la misma de la alta gracia  
de creer que Dios es hombre  
porque nació de la raza  
que se llama humanidad!”



Consejo de Hermandades  
y Cofradías de Utrera



Ayuntamiento **Utrera**

